

Vicente Salas Viú

Espejo de España ⁽¹⁾



EN 1797, ocho años después de la toma de la Bastilla, en una Europa conmovida hasta las raíces por la Revolución y encendida en guerra, el ciudadano Cristino Augusto Fischer embarca en Rotterdam a bordo de una goleta para dirigirse a España. Siente la atracción de esta tierra que se le antoja abrigada en su lejanía de todas las querellas de la época y un poco también la necesidad de este remanso para su espíritu que tan fieramente ha sido combatido por todas ellas.

Desde el momento mismo que se acoda sobre la borda para contemplar el desfile de las riberas del Mosa, según lo remonta hacia el mar, el ciudadano Fischer resume noche tras noche las impresiones de su viaje en una serie de cartas. Por ellas tenemos una imagen preciosa de este pausado navegar de otro tiempo, en el que la visión de los puertos y los accidentes

(1) Selección, traducción y notas del libro de Chretién, Augusto Fischer «Voyage en Espagne aux années 1797 et 1798», por Vicente Salas Viú.

de la costa que se abandona permanece días enteros fija en el horizonte y se tardan largas horas en cruzarse con los barcos que llevan rumbo contrario, desde que surgen sobre el mar hasta que en él vuelven a perderse.

A vela navega de Rotterdam a Burdeos, y desde esta ciudad continúa por la costa su viaje hasta Bayona e Irún, primera tierra española que pisa. Ya allí mismo, el para nosotros tan cerrado cielo de los vascos le sorprende por su maravillosa transparencia, a él que viene de los Países Bajos, y le anuncia la España soleada y alegre que espera encontrar. El cuadro que nos traza de este lugar guipuzcoano parece que lo fuera de uno de Andalucía, por la viveza del colorido. Se le ve desde su primer encuentro seducido por cuanto ve y admira; compara aquellos paisajes con los más hermosos que ha conocido, en paralelos que con frecuencia el entusiasmo hace disparatados. Cualquiera pineda en nuestros canos montes de Somosierra le recuerda los Alpes; la anchura de nuestros llanos empuña para él la recién contemplada del mar. Y con nuestros hombres y costumbres le ocurre que el espejo de España, la España ensoñada en sus lecturas, muchas veces desfigurada ante él la visión real. Pero en mínima parte, porque, a pesar de todo, el tópico españolista no aparece casi en sus páginas y sí la realidad desnuda, que sorprende por la manera en que, como sin pretenderlo, está lograda. Desde esos zafios, infelices curas de aldea, que le hablan en un latín de andar

por casa al ver que es extranjero para poderse entender mejor, a la endemoniada; desde la interpretación del todo goyescas, por tanto verdadera, que nos da de El prado madrileño, —mezcla bárbara de todo lo que hay de más discordante en el mundo» —a la de las ventas o los caminos, se refleja en sus cartas la imagen entrañable de España. Más conmovedora con todas sus lacerías y pústulas, sobrepuestas a la finura y genio populares de nuestra caduca sociedad del setecientos, que si la hubiera limpiado de ellas por hacerla artificialmente grata.

A pesar de lo que pueda haber de gusto en lo pintoresco, que no hace sino subrayar cuanto detrás queda de permanente y cierto, los paisajes, los hombres, —«fieles, adustos, generosos» —y ciudades, el temple duro y áspero, eterno, de España se copia como es en estas páginas.

I

Encuentro con España

No hace mucho que pasé la frontera, cuando entro en Irún. Ahora todo tiene un aire español; las casas adornadas de balcones, con sus toldos; las tiendas abiertas, donde se ve a los obreros trabajar y cantar.

Por todas partes se encuentran mujeres montadas en burros o con cestos a la cabeza, mulos cargados o carros tirados por bueyes.

El indiano de Guetaria

Guetaria tiene una sola casa bien construída y ésta pertenece a un indiano, es decir, a un nuevo rico que ha hecho su

fortuna en América. Puede que tenga unos mil duros de renta, pero sus compatriotas le suponen varios millones. Al trabar conocimiento con él pude darme cuenta de que era un hombre afable e instruído. Como no tiene herederos, gasta mucho y gran parte en provecho del pueblo. Por ejemplo, ha hecho edificar al pie de la montaña un hermosísimo pozo y tiene la intención de construir una nueva carretera para comunicarse con los pueblos vecinos.

El indiano, generalmente se hace llevar de paseo en una silla de mano conducida por dos muchachas jóvenes. Pero su mayor goce parece que consiste en fumar el tabaco más fino de toda La Habana. Tenía en su casa una provisión de más de doscientas libras de cigarros.

Además de lo dicho, su casa, sin excepción siquiera de aquellas de los eclesiásticos, es la única que tiene cristales, balcones de hierro, vasos para beber, butacas y platos que no sean de barro.

¿Se me creerá si digo que esta aldehuela tiene nada menos que diez curas? Yo mismo me quedé extrañado cuando lo supe.

Dos de ellos se dirigieron a mí en latín una vez para que los comprendiera mejor: «*Bonna terra est Hispania*», dijo uno; «*Tellus optimus et divitissimus*», añadió el otro. «*Non moriemur per famem*», repuso el primero. «*Habemus seges et vineas, campos et boves, castaneas et multas pomas*». La conversación continuó en esta jerga latino-hispánica.

Estos curas se suelen reunir todas las noches en una taberna donde, ante un gran plato de sardinas fritas y una jarra todavía mayor de vino, parecen olvidar los ímprobos cuidados de su ministerio.

Diatriba contra los toros

El ruedo está cubierto de arena y los toriles al lado de una de las graderías. Son abiertos por arriba y cada toro tiene su

departamento particular. Varios aficionados, encaramándose en las tablas, atormentaban a los toros para enfurecerlos.

El corregidor dió la señal, un alguacil, vestido de blanco, abrió el toril, y apenas hubo saltado la barrera, cuando el toro ya se precipitaba furioso al ruedo.

Varios hombres a pie le esperaban en él con banderillas, pero el toro corría impetuosamente hacia los cuatro lados de la plaza, como buscando una salida. Entre la muchedumbre que desde la barrera le presentaba picas, bastones, horcas, sombrillas, se distinguían sobre todo los «aficionados» que se disputaban ser los primeros en dejar su sombrero o su capa entre los cuernos del animal o darle el primer golpe. A pesar de lo cual y de su tesón causaba gran hilaridad ver la prisa que se daban y las grotescas posturas que adoptaban por saltar la barrera, cuando el toro se dirigía de verdad hacia cualquiera de ellos.

No tardaron mucho en multiplicarse las banderillas hasta el infinito y en seguida no quedó ya asilo posible para ellas en el lomo del toro; cubierto por todas partes, varias veces salió huyendo, bramando y vertiendo sangre a borbotones. Los espectadores, por variar de diversión se pusieron a gritar pidiendo: «¡los perros!, ¡los perros!» hasta conseguir que soltaran al ruedo un gran dogo.

Entonces empezó un combate que demostraba el instinto peculiar a estos dos animales; el uno intentaba vencer por la astucia, el otro por la fuerza. El perro atacaba siempre a su enemigo de costado y huía a cada movimiento de él; éste, tenía siempre los cuernos preparados para lanzar a su adversario por los aires, cosa que consiguió varias veces. Si el perro evitaba el golpe y lograba cogerse con los dientes al toro, éste lo arrastraba furioso y trataba de pisotearlo o de aplastarlo contra la barrera; entonces, se le soltaba otro perro contra el que ya quedaba indefenso. A decir verdad, hubo momentos en que arrastró consigo a los perros, pero éstos no soltaban su presa.

Para conseguir que lo hicieran, avanzaron por el ruedo ocho hombres muy fuertes. Sujetaron al toro por la cola para quitarle su fuerza, después lo cogieron por las patas traseras, lo tiraron al suelo y, apretándole fuerte en sus partes, le hicieron quedar tendido en el desfallecimiento más absoluto y los perros lo soltaron inmediatamente.

Unos minutos más tarde el toro se levantó bramando; se estremecía y parecía buscar aún a su enemigo. En aquel momento, entraron en el ruedo algunas vacas y las siguió de buen grado hasta el toril.

Salió otro toro, y otro, y otro. Se renovó esta escena seis o siete veces. Durante los combates no se oía ninguna música, únicamente algunos redobles de tambor indicando cada cambio de suerte. En los intermedios, los espectadores tomaban su merienda; daban muestras de su impaciencia agitando todos al tiempo sus pañuelos en el aire y aplaudiendo las faenas maestras con ruidosos ¡bravo! Sólo la educación y la costumbre pueden hacer agradable a los españoles este espectáculo cruel. Una falta de cultura y la ignorancia de los verdaderos placeres del hombre puede mantener en ellos esta bárbara pasión (1).

Por la noche, fuí testigo de una escena cómica. La plaza, iluminada por hachones de pino y, en el medio, por unos toneles untados de aceite de ballena, estaba de bote en bote. Soltaron un novillo con los cuernos rematados por bolas de cuero. El fuego, la multitud, la música, lo espantaron de tal manera, que, perdida la cabeza, se precipitó contra los espec-

(1) Sin duda Fischer no interpretó bien este agitar de pañuelos en toda la plaza, de que habla. El hecho de que lo cite al tiempo que los bravos con que se premian las faenas maestras del torero, nos hace pensar si al escribir su impresión sobre la corrida recordó por separado cosas que se dieron simultáneamente, entre las que nos descubrió la relación, y aquel poblarse de pañuelos todas las gradas no significaba entonces, como ahora, que el público pedía la oreja como premio a la brillante faena que acababa de aplaudir.

tadores, atropellándolos y tirándolos al suelo por docenas. Finalmente se le envolvió en una capa, se le ataron cohetes sobre el lomo y aquella salida, que en un principio pudo ser funesta, acabó por divertir a la multitud.

El baile de «toma la culada».

Una romería es un fiesta para todo Bilbao, en la que se hallan tantos bailarines como espectadores, pues la pasión por esta clase de diversiones alcanza a todos. El lugar del baile es generalmente bajo árboles frondosos en los alrededores de cualquier taberna o posada; pero, como siempre hay menos hombres que mujeres, ocurre con frecuencia que muchas de éstas no tienen pareja, viéndose obligadas a suplirla entre las de su mismo sexo. Esto no les impide divertirse a más y mejor. Pero lo que más les gusta es, al pasar, empujar maliciosamente con la cadera a las otras parejas y sobre todo a los que no bailan, gritando entre grandes carcajadas: «¡toma la culada!», de lo que resulta a menudo caídas muy grotescas (1).

Este juego se hace de preferencia al atardecer, antes de que se ilumine la plaza con barriles untados de aceite de ballena.

Bellezas de las vascas.

Las mujeres de este país, según mi criterio, reúnen la dignidad de las españolas y la belleza de las inglesas. Su fresca tez, sus ojos negros y brillantes, su hermosa cabellera, su lozanía, la gracia de toda su persona, la vivacidad de su porte; todo en ellas es seductor para un extranjero.

Si el hombre conociera el arte de formarlas, y una cultu-

(1) Esta curiosa costumbre del «toma la culada», tan poco diciosesca, por otra parte, es el origen quizás de los «xirris», el pagano «tirar el xirri» que todavía se conserva entre los aldeanos vascos, aunque su fin no sea tan inocente ni deje de obedecer tampoco a ciertas razones puramente eróticas.

ra más amplia desarrollara sus excelentes disposiciones, si una reserva excesiva, cierta rigidez y un orgullo un poco salvaje no disminuyera sus maravillosas cualidades, su imperio sería sin límite y su encanto irresistible.

Camino hacia Castilla.—La Venta.

Camino de Burgos entramos en una posada. Estaba llena de arrieros que venían de Castilla, a tal punto, que los que llegaron después a duras penas encontraron donde meterse. Bien pronto todos nos reunimos alrededor de un ancho hogar donde se preparaba la cena. Las mesas se cubrieron de platos y jarras, y los múltiples grupos que había se apiñaron los unos contra los otros. Aquí, dos individuos cantaban llevando el compás con las jarras sobre el tablero, allá un coplero gordo que, según me dijo, acababa de llegar «de Bayona de Francia»; más allá todavía un guitarrista, muchachas jóvenes que coqueteaban con sus novios, unos borrachos a punto de llegar a las manos, etc. Añadid los gritos agudos de la posadera, que sacaba sus cuentas, las voces confusas de los bebedores pidiendo más vino la elocuencia del tabernero esforzándose por vender un burro, un tamborilero que hacía bailar a la juventud, la algazara de los mulos, separados de la cocina por un simple tabique, en fin, el ladrido de los perros mezclado a toda esta bulla y tendréis el retrato fiel de aquella ruidosa escena que no deja de tener cierto interés.

Primero, el amor.

Había dado un permiso de media hora a mi postillón para ir a su casa, que según él estaba de la carretera a la distancia de un tiro de fusil, pero que volvió tan tarde que no pudimos salir de Orduña antes de las cinco. La excusa que dió de su retraso fué bastante graciosa: «Mi mujer es joven, dijo, y jamás podemos acabar con el rosario».

Así pues, había obscurecido un poco; el cielo, cargado de

nubes, anunciaba lluvia, y la Peña se nos ofrecía envuelta en espesa niebla.

Era noche cerrada cuando llegamos al pie de la montaña. Se levantó viento y empezó una lluvia suave y constante. Pero apenas, llevábamos una hora caminando, cuando el viento y la lluvia crecieron con extraordinaria intensidad. A poco, la lluvia se convirtió en nieve y el viento se hizo impetuoso, trayendo sobre nuestros rostros un diluvio de hojas marchitas. La noche era tan oscura que no llegaba a distinguir al postillón, pero sí, pude caer en la cuenta de que el camino era un constante zig-zag, cosa bien natural por otra parte cuando se sube una altura tan escarpada.

La espaciosa Castilla.

Las tierras de cultivo comienzan a disminuir y el paisaje a extenderse.

Los trajes y los rostros toman un aire más extraño.

El clima también se hace más rudo.

Los pueblos que cruzamos no son más que un conjunto de chozas hechas de terrones: sin embargo, las iglesias son siempre grandes y magníficas, y tampoco faltan los conventos.

Los campos están en su mayoría abandonados, y en cuanto la vista abarca no se ve un solo árbol ni arbusto. En lugar de mulos, burros; casi ningún buey, pero gran número de cerdos negros y enormes rebaños de ovejas.

Los albergues son más sucios, y el pan, así como el agua, muchos peores: en cambio, el vino es mejor y más barato.

A poco comenzamos a ver hombres con altos sombreros de fieltro, largas capas de color terroso, los pies envueltos en harapos y que en la mano llevan un nudoso bastón. En lugar de las faldas de colores y los elegantes justillos de las vascas, sólo blusas de un gris amarillento; a las hermosas trenzas de que os hablé entonces, sucede el pelo corto, erizado y cubierto de un gorro de paño con un velo negro encima.

Las caras me parecen más alargadas, sus rasgos menos bellos, pero los ojos más brillantes y con más alma. La soltura del vizcaíno y su alegría ruidosa han desaparecido. No se percibe más que indigencia y caras serias y tristes, mientras que el idioma parece adquirir un carácter más puro y un acento más sonoro.

Atravesamos el Ebro y pasamos la noche en una mala aldea llamada, si no me equivoco, Villanueva.

Uso y gracia de la mantilla.

La basquiña y la mantilla son las dos prendas que constituyen el verdadero atavío nacional de las españolas y sin las cuales no se exhiben nunca en público. La clase indigente y las modistillas van en ocasiones sin basquiña, pero rara vez sin mantilla; por otra parte, esto no se hace más que por causa del mal tiempo y en los pueblos pequeños, pues es indispensable llevar estas dos prendas para considerarse del todo vestida.

Las niñas, desde su más tierna infancia, usan ya la basquiña y la mantilla y sin duda la costumbre de llevar esta ropa desde tan pequeñas da a las españolas la elegancia, el arte y la gracia particular con que la portan, gracia que la distingue de todas las extranjeras. Efectivamente, la mantilla parece un saco cuando se la pone una alemana o una francesa y no les sienta nada bien. Llevada por una española es un tocado gracioso que da a todos sus rasgos un aire vivo y picante.

Como están familiarizadas con la mantilla desde su infancia, todos sus movimientos están en armonía con las ondulaciones de ella. Corta y transparente, según la moda actual, no oculta el corpiño y deja al descubierto toda la gracia de su talle esbelto y voluptuoso.

En las provincias del sur durante los meses de verano las mujeres llevan algunas veces ligeras blusas sin mangas y en-

vuelven entonces su seno y sus brazos en la mantilla con mucha picardía.

Las visitas de etiqueta se hacen siempre en mantilla y basquiña, pero en la intimidad se despojan de la una y de la otra. Estas dos prendas son muy cómodas, lo que hace a veces descuidar las que van debajo.

(Continuará).